

Sirenas

—¿Está bien? ¿O no? —dijo el señor Laskey—. ¿Qué dicen, chicas?

—Besitos, besitos —decía Alice, haciendo que dos cucharas se besaran, y Janey ni se dignaba a mirarlo, así que le tocó a Kyla (como durante todo el día) hacer lo debido.

—Está perfecto —le aseguró al señor Laskey.

Y era verdad que el brillo y el barullo tradicionales, las camareras con sus uniformes color pastel, las copas de cristal con sus bolas de helado, los otros grupitos de turistas y hasta de neoyorkinos, todo eso era exactamente lo que su mamá se estaría imaginando en casa.

Para Kyla, las vacaciones venían avanzando hacia ella desde hacía semanas y semanas, primero como un puntito en la periferia de su visión, después como algo cada vez más grande, más cerca y más rápido, hasta que llegaron como una tromba, barriendo con todo lo demás, y su madre ya la estaba dejando en la casa de los Laskey, donde la esperaban, y la señora Laskey estaba sacándole las arrugas al vestido de Janey y dándole un abrazo a Alice, la más pequeña, y durante un momento, un fragmento que no parecía dejar de repetirse, Kyla le decía adiós a Richie Laskey y luego la puerta del coche se cerraba dejándola adentro con Alice, Janey y el señor Laskey, y la señora Laskey y Richie los saludaban, y Alice se echaba a llorar a todo pulmón, como si la estuvieran secuestrando unos asesinos.

—Por favor, Alice, no seas bebé —decía Janey.

El aeropuerto era gris y brillante, como un hospital donde Kyla iba a ser anestesiada y separada quirúrgicamente de su hogar. Un pasillo donde el tiempo mismo también parecía gris y brillante la tragó junto con Janey, Alice y el señor Laskey, y

después la muchedumbre en la que desembocaron sería trasladada y comprimida a su vez para entrar en el avión.

—Te toca en la ventanilla —le dijo Janey a Kyla—. Por ser la invitada.

Siete días, pensó Kyla, siete días antes de poder volver a casa, siete días de ser la invitada, siete días obligada a pasarla bien, aunque estuviera con Janey Laskey.

—No hace falta —dijo ella—. Si te gusta más ese lugar, por mí está bien.

—No, te lo doy —respondió Janey—, ya viajé muchas veces en avión. Viajo en avión todo el tiempo.

Kyla buscó al señor Laskey con la mirada, pero él ya estaba sentado en el asiento del otro lado del pasillo, en paralelo a Alice, y una de las azafatas estaba inclinada hacia él, matándose de risa mientras él contaba un chiste sobre un zorro y un conejito. Y Kyla debería haber aceptado el asiento de la ventanilla (porque alguien tenía que mostrarle a Janey que no se podía salir siempre con la suya con esas cosas), pero se le vino a la mente la imagen de su madre implorándole con la mirada, así que se limitó a negar con la cabeza y sentarse, plum, donde estaba.

Janey se encogió de hombros.

—Está bien —dijo, pasando a duras penas ese culo que tenía por aquel espacio apretado para llegar al mejor asiento—. Supongo que no a todos les gusta. A algunos les da miedo mirar por la ventanilla.

Abrió el libro enorme que había traído y entrecerró los ojos para leer, siguiendo las palabras con el dedo; su pelo finito, color cartón, le cayó hacia adelante; obviamente, debería haber estado usando gafas.

Pobre Janey.

—¿De qué trata el libro? —preguntó Kyla.

Janey se sobresaltó un poco.

—¿Oliver Twist? —dijo, y la miró—. Es una historia de huérfanos.

—Perdóoon —dijo Kyla.

Salió aire de unos agujeritos más arriba, las luces titilaron, y una voz angelical y despiadada les indicó que se abrocharan sus cinturones.

No, pensó Kyla. No, no, no, no, no. Cerró los ojos: su voluntad se expandió por entre las butacas, se metió en los compartimentos más pequeños. El avión se estaba volviendo más y más pesado, hasta que, anclado por el peso de su mera voluntad, se quedaría ahí, quieto; luego volvería a apagarse la luz, alguien abriría la puerta y todos se podrían ir a casa. Pero entonces, durante un segundo, hubo una falla en su concentración... ¿o en su sinceridad? Como un insecto cuando uno lo aparta de un manotazo, su voluntad cayó fulminada y el avión se elevó por los aires, en medio de un gran estruendo.

La azafata volvió para hacerle fiestas a Alice.

—¿Ya vas a la guardería? ¡Qué grandecita! —le canturreó, asombrada, y Alice respondió asintiendo con la cabeza, en un gesto lleno de dignidad.

La azafata se enderezó, se ensortijó un mechón de pelo con el dedo y volvió a ponerlo bien, sonriéndole de oreja a oreja al señor Laskey. Janey la miró con odio y después miró por la ventanilla.

—No vas a creer lo que se ve desde aquí —le dijo Janey a Kyla, dándole la vuelta—. Se ven cadáveres en las lagunas.

—No hay cadáveres en las lagunas —dijo Kyla, segura, para que Alice no se asustara, pero Alice estaba jugando de lo más contenta con la tarjeta de instrucciones para casos de emergencia, como alguien que no tiene ningún problema en la vida.

—Parecen sirenas, pero boca arriba —dijo Janey—. Les flota el pelo, y tienen las piernas verdes y pegajosas.

—*Basta* —dijo Kyla.

—Courtney Collier, de once años, desapareció del centro comercial hoy, a las diez de la mañana, cuando su madre le estaba comprando una corbata a su marido —dijo Janey, impostando la voz—. “Courtney era una niña preciosa”, afirmaron las autoridades. “Estamos seguros de que fue un crimen sexual”.

Siete días, solo faltaban siete días. Menos las tres horas y cuarto del trayecto desde la casa de los Laskey hasta dondequiera que

estuvieran ahora. Menos este segundo. Menos este segundo. Kyle se inclinó por encima de Janey para ver: obviamente, no había ninguna chica muerta. Ni siquiera se veían las lagunas; lo único que se veían eran nubes.

Ahora esos siete días ya estaban casi liquidados. El domingo por la noche Kyla se había instalado en la habitación que iba a compartir con Janey y Alice, con la alfombra azul y el empapelado extraño de flores azules, y había guardado con cuidado su ropa en un cajón de la cómoda o la había colgado de las pesadas perchas de madera del hotel. Qué rara se veía la ropa en esas perchas, en ese armario enorme y oscuro que olía a madera y abrillantador y un poco a otra gente, aunque a nadie en particular. Después ella y Janey habían tenido que jugar a las novias con Alice para tranquilizarla y se habían ido todas a dormir.

—Quiero que se os acostéis temprano, chicas —había dicho el señor Laskey—, salvo cuando tengamos entradas para la noche. Y vamos a dormir unas buenas siestas. ¿Está bien? Van a ser días bastante agotadores, y no quiero volver a casa con tres pequeñas zombis. Bueno. Voy a estar en la habitación de al lado, pero yo también quiero descansar un poco, y abajo tenéis a todo el personal del hotel a vuestra disposición. Hacedme el favor de aprovechar esa circunstancia tan fuera de lo común. Si necesitáis algo, Donald va a estar en la recepción todas las tardes y todas las noches.

Y efectivamente habían sido... agotadores. El lunes a la noche habían ido a un restaurante con camareros de esmoquin, y Kyla se había puesto el nuevo vestido de salir que su madre le había regalado para el viaje, y el martes a la noche se había puesto el vestido otra vez, cuando el señor Laskey las dejó quedarse despiertas hasta tarde y fueron a un espectáculo con gente pobre que cantaba y bailaba. Y anoche habían ido a otro restaurante increíble, en Greenwich Village, donde todo el mundo —todas las camareras y todos los clientes— parecían modelos. Y de día habían ido al Empire State y al planetario y a la Estatua de la Libertad y al Museo de Historia Natural y a varios otros museos (que Janey decía que le

encantaban) y habían recorrido el parque gigante, tan sucio y tan interesante, rodeado de edificios plateados en los bordes, y habían paseado en un carruaje tirado por un caballo, y habían dado una vuelta alrededor de toda la isla en barco, y mientras tanto hubo un muestrario fascinante de charcuterías y cafés y gente que costaba creer que realmente existía, y siestas largas y legañosas en esa habitación azul y triste que a Kyla le daba la sensación de compartir con Janey y Alice desde hacía una eternidad.

Así que ahora quedaba solo esta noche, y después el viernes y después el sábado, y el domingo volverían en avión, y el lunes por la mañana Kyla se despertaría en su propia cama y todos esos grandes y difusos obstáculos que en otro momento se interponían entre ella y su hogar se habrían disuelto, convirtiéndose en una imagen que podría describirle a su madre durante el desayuno.

Porque cuando algo está sucediendo, claro, no se sabe cómo es. Cuando algo sucede no es, por ejemplo, *Nueva York. Nueva York* era lo que su madre estaba en casa imaginándose. Kyla estaba más bien en una esquina con bolas de papel en la zanja, o frente al botal gastado del caballo que había tirado de su carruaje, o sentada delante de una manchita en el mantel. No se parecía realmente a nada, era lo que era, y no existía ningún lugar del tamaño o la forma justa en la mente donde calzara. Sin embargo, más tarde, el recuerdo entraba perfectamente en la memoria, como si siempre hubiera habido ahí un lugar hecho a la medida, esperándolo.

El lunes por la mañana llegaría a casa. Durante el desayuno le contaría a su madre todo sobre Nueva York. Y Kyla sabría —porque lo estaría recordando— exactamente cómo era *Nueva York*. Pero hoy era el mayor obstáculo hasta la fecha. Estaba tan cansada que su cuerpo se olvidaba continuamente de cómo hacer las cosas de manera normal: ni siquiera se sentaba bien en la silla; y Alice se ponía mal por cualquier cosa, como si las pesadillas que había tenido durante toda la noche siguieran rondando y siseando bajo sus pies. Y Janey se estaba portando... de un modo *abominable*, así que Kyla tenía que andarse con cuidado por todo.

—Está perfecto —dijo.

—Sí, chicas, esto es Nueva York como era antes —dijo el señor Laskey—. Un lugar elegante, limpio, cortés... —Suspiró—. “Dónde están las nieves de antaño...”

Janey puso los ojos en blanco.

Era preferible, dijo Kyla para sus adentros, cuando Janey directamente decía las cosas horribles que pensaba. Porque si no, te las contagiaba y terminaban contaminando tu propia mente...

—Quiero que trates de pasarlo lo mejor posible, cariño —le había dicho su madre—, y que trates de recordar todo para mí.

Y miró a Kyla con tanta tristeza y tanta dulzura...

Su madre ahora estaba muy lejos. Y se veía muy pequeña parada ahí, espionando a Kyla a través de esa enorme distancia oscura que las separaba. Ay, ¿por qué se la veía tan triste? ¿Por qué? Kyla sabía por qué: por su culpa, porque la había hecho sentirse mal. La había hecho sentirse —y esto era indudable— como si hubiera obligado a su hija a hacer este viaje contra su voluntad. Y ahora ahí estaba su madre, pequeñita y frágil a kilómetros de distancia, nerviosa, tratando de verla, como si Kyla se hubiera perdido entre todas esas estrellas que en casa brillaban tan rara vez, y con tanta frialdad, y tan lejos.

*

El señor Laskey levantó la mano para llamar a una camarera.

—Veamos si el helado sigue siendo tan bueno como antes.

—Cuando el abuelo te traía... —entonó Janey.

El señor Laskey titubeó.

—Sí, Jane... —dijo, serio, como si Janey hubiera hecho un comentario interesante (aunque pronto, pensó Kyla, sintiendo por dentro un raro burbujeo, el señor Laskey se iba a terminar enfadando)— ...cuando el abuelo me traía a Nueva York...

—¡...en un viaje de negocios! —le dijo, entusiasmada, una de las cucharas de Alice a la otra.

Janey se rio.

—Basta de jugar con las cucharas, Alice —dijo el señor Laskey, llamando otra vez a la camarera—. Es de mala educación.

Alice dejó caer las cucharas sobre la mesa y se tapó la cara con las manos.

—Ajá —dijo el señor Laskey cuando una camarera apareció—. Ahí está.

La mujer les dirigió una sonrisa triste a todos en la mesa.

—Qué ojos azules tan preciosos —le dijo a Alice, que estaba espiando entre los dedos.

A la primera que le tomó el pedido fue a Kyla. Debía suponer, pensó Kyla, que ella era una más de la familia, que le pertenecía a aquel hombre tan atractivo que con solo levantar la mano podía hacer que se acercara una camarera. Kyla sí, pero Janey no. Porque por más dinero que el señor Laskey gastara en la ropa de Janey (mucho, según la madre de Kyla), Janey siempre parecía vestida con algo sacado del baúl de alguna vieja. Sí, a juzgar por la sonrisa triste de la camarera, la mujer debía estar admirando el pelo castaño de Kyla, su falda tan bonita y ese jersey que su madre le había elegido en Baskin's. La camarera no era para nada bonita. Eso, claro, no hacía ninguna diferencia. Pero era lo que Kyla sentía que Janey estaba pensando.

—Perdón —dijo Kyla—. Todavía no me decidí.

—Bueno, ¿qué te traigo, preciosa? —le preguntó la camarera a Alice.

—¿Qué quiere Alice? —preguntó el señor Laskey.

—Helado para Alice —le dijo Alice a la camarera, en un susurro, como si fuera una confidencia.

—¿Sí? —preguntó el señor Laskey. Le sonrió a la mujer—. ¿Estás segura? ¿O preferirías una tostada de canela?

Alice miró al señor Laskey, dubitativa.

—Tosta... —empezó a decir, y se detuvo, preocupada.

—¿Sabías, Alice —dijo el señor Laskey—, que este es uno de los pocos lugares en todo el mundo, junto con el hotel, que sigue ofreciendo tostadas de canela en el menú?

El señor Laskey miró a la camarera, que soltó una risita y después pareció sorprenderse de lo que acababa de hacer.

—Es verdad —dijo ella.

El señor Laskey tiró de uno de los mechones sedosos de Alice.

—No dejó de comer tostadas de canela desde que llegamos a Nueva York —dijo—. ¿O no, Alice?

Alice pareció quedarse perpleja durante un segundo, y después asintió vigorosamente con la cabeza.

—La buenita de Alice, queriendo quedar bien con todo el mundo como de costumbre —observó Janey, en un registro neutro entre lo audible y lo inaudible.

La expresión del señor Laskey pareció a punto de cambiar, y después volvió a estar como antes.

—¿Y qué te gustaría, Kyla? —dijo—. ¿Ya te decidiste?

Este siempre era un momento terrible, y sucedía unas tres veces por día. Su madre le había dicho que prestara mucha atención y nunca pidiera lo más caro del menú, pero el señor Laskey no parecía estar demasiado preocupado por los precios.

Ella negó con la cabeza, mirándolo.

—Bueno, yo voy a pedir un helado de vainilla cubierto de chocolate —dijo él—. ¿Por qué no pedimos lo mismo los dos?

Sintió que estaba empezando a sonrojarse.

—Bueno —dijo Kyla.

—Bien hecho —dijo él, y Kyla se echó el pelo hacia atrás.

—Alice... Alice... —dijo Alice.

—Tranquila, Alice —dijo Janey.

—Vas a pedir una tostada de canela, cariño —dijo el señor Laskey.

—¡Ah! —asintió Alice, alegre.

—¿Janey? —preguntó el señor Laskey.

Janey giró hacia él con una mirada muy suya, como si estuviera tratando de ver algo detrás de la otra persona.

—Lo prometido es deuda —dijo el señor Laskey—. ¿Te gustaría un helado de vainilla cubierto de chocolate también?

Janey siguió mirándolo, mientras se le iba tiñendo más y más la cara de rojo, como por oleadas.

—Ensalada de frutas —dijo.

El señor Laskey bajó la vista hacia la mesa como si el mueble fuera un viejo enemigo suyo.

—Quisiera la ensalada de frutas, *por favor* —dijo él.

Lo prometido es deuda. Y lo que había prometido —Kyla estaba presente, lo había escuchado— era *cualquier cosa que quisiéramos*.

Fue una noche en la que se había quedado a dormir en la casa de los Laskey.

—Odio ir a la casa de los Laskey —dijo.

—Bueno, ¿entonces a dónde te mandamos, cariño? —preguntó la madre—. Porque últimamente estuviste durmiendo mucho en la casa de Ellen.

Kyla dudó.

—¿Y si llamamos a Courtney?

—Ay, no, cariño —dijo la madre—. Mejor no, ¿no?

—¿Por qué no?

—Bueno, no conocemos muy bien a los Collier, ¿no? No les podemos pedir favores.

“Favores”, pensó Kyla. ¿Ella era un “favor”?

—Además, no sabemos qué clase de personas son.

Kyla se quedó mirando a la madre.

—Son buenos —dijo.

—Estoy segura, cariño —respondió la madre—. Pero no.

—¿Por qué tengo que dormir en otra casa? —preguntó Kyla.

—Ah —dijo la madre—, porque voy a cenar con un amigo.

—Pero... ¿por qué no me puedo quedar sola? ¿Hasta que vuelvas de cenar?

—¿Y qué te vas a cocinar? —preguntó la madre.

—Podría comer algo preparado —dijo Kyla—. Lo caliento en el microondas. Como cuando estás hasta tarde en el trabajo. Ni que sea tan difícil.

La madre le acarició el pelo.

—Se dice “ni que *fuera* tan difícil”.

—¿Pero por qué no puedo? —dijo Kyla.

—Bueno, preciosa... —Su madre sonrió con dulzura—. Porque me hace falta tiempo para ver a mis amigos, como te hace falta también tiempo para ver a tus amigas.

Pero justamente, pensó Kyla, a ella no le hacía falta tiempo para ver a sus amigas. Tiempo era lo que ella y sus amigas tenían de sobra: tiempo, tiempo y más tiempo. Esperando que pasaran esas tardes largas, aburridas, hasta donde llegaba el largo embudo de la memoria de Kyla, jugando arriba a las muñecas, o a algún juego, o a los cromos que les habían dado para jugar, peinándose entre sí, simulando ser novias, o bebés, o salir de compras, como Alice ahora, simulando —no había nada más para hacer— que estaban simulando, hasta que era hora de volver a bajar para tomar la leche y comer galletitas o hasta que las pasaran a buscar. Esperando entender el sentido de todas esas muñecas o juegos que les daban, esperando que la tarde ya fuera la noche o que el domingo ya fuera el lunes, o que agosto ya fuera septiembre, o que los nueve años fueran ya diez, y los diez ya fueran un número más contundente, once. Esperando solas frente al televisor a que pasaran esas largas noches. Mirando la pantalla como si estuvieran mirando por un periscopio en busca de tierra firme, mientras en las habitaciones oscuras, ya muy tarde, el mundo, el mundo lejano —que era lo que debían estar esperando— se acercaba más y más, llenaba las pantallas, y la noche se iba deshojando en programas de media hora. Y entonces, por fin, se iban a la cama, y otro largo día había llegado a su fin.

—¿Y quién es el amigo con el que vas a verte? —dijo Kyla.

—Pon la espalda recta, cariño —dijo su madre—. No te gustaría terminar como Margie Strayhorn, ¿no? Al doctor Loeffler.

El doctor Loeffler. Kyla se la quedó mirando. El doctor Loeffler había venido la semana anterior a casa y había acaparado el salón pequeño y precioso que tenían, donde él apenas si entraba, y su madre había hecho que Kyla se quedara sentada ahí con ellos, sin motivo aparente. Y durante todo el encuentro —mientras Kyla miraba los pelos negros y brillantes que este hombre tenía en el dorso de las manos—, el doctor Loeffler no dejó nunca de mostrar una sonrisita, como si algo le pareciera gracioso o ridículo.

—¡Ya lo tenías planeado! —dijo Kyla—. ¿Por qué no me avisaste antes? ¡Si sabías que ibas a hacer esto!

—Cariño —dijo la madre, soltando una risita ligera, como un jadeo—, ¿qué estás diciendo?

Ahora tenía una lágrima en cada ojo, pero eso que Kyla quería decir, eso que hacía un segundo le había parecido tan claro, se había evaporado sin más, como si una mano hubiera aparecido y lo hubiera tapado.

—No me gusta el doctor Loeffler —dijo.

—Querida —dijo la madre, ya sin el menor rastro de la risa de antes—, no hay que juzgar tan rápido. Lo viste una sola vez. El doctor Loeffler es un hombre muy bueno. Solo tiene cuarenta y dos y ya es el jefe de todo el servicio de medicina interna en Hillsdale.

—¿“Solo” tiene cuarenta y dos...?

—No seas tan cascarrabias —dijo su madre, alegre—. Además, quizá los Laskey hagan *spaghetti* otra vez.

Los Laskey no hicieron *spaghetti* otra vez. Le sirvieron una especie de carne con una salsa oscura y extraña, y un nombre complicado.

—¿Cómo os fue hoy? —dijo el señor Laskey. Eso era lo primero que decía siempre que Kyla cenaba en la casa de los Laskey. Él miró a todos en la mesa—. ¿Richard?

Richie alzó sus ojos oscuros, serios, y luego volvió a bajarlos.

—Bien —dijo.

—¿Sí? —dijo el señor Laskey. Se quedó esperando, con el tenedor en la mano.

La cena acababa de empezar. Pronto la señora Laskey, Janey y Alice se echarían a llorar y a gritar, y después vendría lo que siempre venía después de la cena, ese momento en que Kyla tenía que jugar con Janey, y después amanecería, y tendría que jugar con Janey otra vez, antes de que su madre la pasara a buscar.

—La clase de biología estuvo interesante —dijo Richie—. Estamos estudiando el ciclo de la roya del trigo.

—Qué bien —dijo el señor Laskey—. ¿Y cálculo integral? ¿No tenías un examen el otro día? No me dijiste cómo te fue.

—Esa es una materia de tercero —dijo la señora Laskey—. ¿No te parece suficiente que...?

—Me fue bien —dijo Richie—. Saqué un 10.

El señor Laskey asintió con la cabeza.

—Perfecto —respondió—. ¿Viste?

“Hay que masticar despacio”, le había dicho a Kyla una vez uno de sus profesores. “Tu estómago no tiene dientes”. Pero lo que ella estaba masticando ahora, pensó, era el cuerpo de un animal, cocinado con sangre y todo.

—¿Y atletismo? —dijo el señor Laskey.

—Todo bien.

Un silencio pareció instalarse más allá de Ritchie y su padre, un silencio que se cristalizó de inmediato.

Richie era tan... noble, realmente: esa era la palabra justa, pensó Kyla. Parecía limpio y noble, en todo lo que hacía. Hasta la manera en que comía, como si la comida misma estuviera limpia, como si todas las cosas frenéticas que nuestro cuerpo animal hacía con ella, incluso con el cuerpo de otros animales, fuera algo limpiísimo y del todo normal.

—Alice... —dijo la señora Laskey, y el bloque de silencio sobre la mesa se volvió poroso y se disolvió.

—Hoy crucé la meta antes que Nelson Howell —dijo Richie.

—Te lo dije —replicó el señor Laskey.

—...no hace falta matar al pobre animal, Alice —dijo la señora Laskey—. Ya está muerto.

—Hoy escribí mi redacción sobre los nativos americanos —dijo Janey, alzando la voz—. La señorita Feldman dijo que la mía era la mejor de todas.

Kyle miró sin querer a Richie.

—Mamá —dijo Richie—, Jane está divagando otra vez.

—¡Mentira! —dijo Janey—. Era un tema muy interesante. En muchas de las tribus las chicas...

—Diva... —empezó a decir Alice, frunciendo el ceño, perpleja, y mirando al señor Laskey—. ¿Qué quiere decir...?

—Absolutamente nada, Alice —dijo el señor Laskey—. En este caso.

—En *muchas* de las *tribus*, las chicas sangran y se van a...

—En la mesa *no*, Jane —dijo la señora Laskey.

—¿Janey lo ha inventado? —dijo Alice.

—No —dijo el señor Laskey—. Sí.

—Es *verdad* —dijo Janey—. Las chicas...

—Ya has oído a tu madre —la interrumpió el señor Laskey—.

En la mesa *no*.

Entonces él miró a Kyla.

—¿Y tu día? ¿También tuviste que escribir una redacción?

—La hice la semana pasada —dijo Kyla, y como parecía que Janey iba a entrar en erupción otra vez, agregó—: Era sobre bailarinas de *ballet*.

—Bailarinas de *ballet* —dijo el señor Laskey, sin pronunciar la t, agachando la cabeza como si estuviera saludando a alguien inclinando un sombrero.

—Bailarinas de *ballet* —repitió Janey—. Guau sí, bailarinas de *ballet*. Estás para un concurso de francés.

La señora Laskey se rio por la nariz.

—Bueno —dijo su marido—. ¿Quién quiere más de este excelente...? ¿Este...? ¿Kyla?

—No, gracias —dijo Kyla.

—Esta chica no come nada —dijo el señor Laskey, no sin admiración.

—Va a ser pura piel y huesos.

—¡Más para Alice! —gritó Alice, arrojándose a la fuente.

—Alice —dijo la señora Laskey—, por favor, tranquila. Le has manchado la corbata a tu padre.

—Además, hay que decir una cosa, Alice —agregó Janey—. Tus modales en la mesa nos dan ganas de vomitar.

—Jane —dijo la señora Laskey, en tono de amenaza—. Alice...

—Por cierto —dijo Richie. “Por cierto”, pensó Kyla—, Scott Ryerson me ha invitado a ir a esquiar con él y su familia en las vacaciones.

—Yo también quiero ir... —dijo Janey.

—Ah, ¿te han invitado, Jane? —preguntó el señor Laskey.

—Mamá —dijo Janey—, ¿por qué a Richie le dejáis hacer lo que quiere?

—Nadie ha dicho que... —replicó el señor Laskey.

—Pero Alice y yo nunca... —dijo Jane.

—¡Basta, por favor! —dijo la señora Laskey, y se giró hacia Alice, que estaba tironeándole de la manga—. *No* —le dijo—. Y no voy a volver a pedirte que te portes bien.

La furia de la señora Laskey siempre era como un arma apuntando a la mesa: era agotador, pensó Kyla, estar todo el tiempo pensando cuándo se iba a disparar. Su madre nunca alzaba la voz, y siempre era dulce y paciente. Todo el mundo sabía lo paciente que era. Muchos decían que por eso era tan buena enfermera. Los demás decían que era paciente *por ser* tan buena enfermera. Pero eso también daba miedo. Por mucho que la señora Laskey se enfadara, era mejor que la mirada de decepción que su madre le dirigía cuando Kyla hacía algo que estaba mal. Porque cuando alguien se enfadaba, se le pasaba en algún momento. Y el enfado era algo de la otra persona que afectaba a los demás. En cambio, cuando alguien se decepcionaba eran los demás los que afectaban a la otra persona. Le habían hecho algo. Era como si le hubieran hecho un agujero, o como si la hubieran manchado de un modo que nunca podría limpiarse.

—¿Adónde va a esquiar la familia de Scott? —preguntó el señor Laskey.

—¿Ves, mamá? —dijo Janey—. ¿No ves que...?

—Jane —dijo la señora Laskey—, si no me...

—*Bueno* —dijo el señor Laskey, y todos se callaron—. Sí —dijo, tranquilo—. Es cierto. Janey, puede que tengas razón. Y me diste una idea excelente: Rich se va a ir a esquiar en las vacaciones, y yo las voy a llevar con Alice a Nueva York, y tu madre... tu madre va a tener una semana entera de paz, con la casa para ella sola.

La señora Laskey apoyó el tenedor en la mesa.

—¿Perdón? —dijo.

Richie siguió comiendo, impoluto.

—Quizá me equivoco —dijo la señora Laskey, hablando muy despacio—, ¿pero no fuiste hace poco a Nueva York?

—Por trabajo —asintió el señor Laskey, de buen humor.

—Y lo primero que se te ocurre es volverte a ir enseguida —dijo ella.

—“Enseguida” no —dijo él—. No.

—¿Me puedo retirar de la mesa? —preguntó Richie.

—Sí —dijo el señor Laskey—. La próxima vez, no nos interrumpas cuando estamos hablando, por favor.

—Perdón —dijo Richie.

—Disculpa aceptada —dijo el señor Laskey.

—¿Desde cuándo estás tan enamorado de Nueva York? —preguntó la señora Laskey—. La última vez que fuimos juntos, creo que tus palabras fueron “un lugar de porquería...”. Es una ciudad sucia, y te parece horrible, y ahora se te ocurre volver enseguida y exponer a las chicas a todo eso, por razones que no alcanzo a...

—Como *sabrás* —dijo el señor Laskey, hablando más fuerte que ella—, como *sabrás*, Carol, lo que recuerdo con más cariño de toda mi infancia son esos viajes a Nueva York con mi papá. Como *sabrás*, me parece que esas excursiones fueron la experiencia más valiosa que tuve de niño. Nunca me sentí tan cerca de papá como en esos viajes, y fue ahí que aprendí a apreciar sus valores...

La señora Laskey lo miraba, incrédula.

—“Sus valores” —repitió. Cogió su vaso de agua y lo empinó, para el gran asombro de Kyla, hasta vaciarlo por completo—. Yo tendría que ir con vosotros. Eso es lo que tendría que hacer.

Los dos cruzaron una mirada larga, muy larga, hasta que los distrajo el llanto de Alice.

—Alice... —dijo el señor Laskey—. ¿Qué pasa, cariño?

Alice apoyó la cabeza sobre la mesa, como si la fueran a decapitar.

—Está bien, querida —dijo la señora Laskey—. Estás muy cansada.

—Ya te vas a ir a dormir —dijo el señor Laskey—. Pero primero, ¿qué hay de postre? ¿Qué helado tenemos? ¿Un poco de helado, Kyla?

—No, gracias —dijo Kyla, porque si una no se controlaba al poco tiempo podría terminar engordando y convirtiéndose una masa amorfa, como Janey.

—Sí, de chocolate, por favor —dijo Janey.

—Te servimos fruta, mejor —dijo la señora Laskey—. No te olvides, hay que bajar esos dos kilos.

—Papi... —dijo Janey.

El señor Laskey miró a su hija, cada vez más fijo, más duro.

—Ya oíste a tu madre —dijo.

—Y mejor que te controles también —le dijo a él la señora Laskey—. No quiero que me llamen de Nueva York para decirme que te moriste de un infarto en el hotel.

—No quiero ir a Nueva York —dijo Janey de repente.

El señor Laskey la agarró de la muñeca, y Kyla oyó cómo Janey ahogaba un grito.

—Así no son las cosas, Jane —le dijo—. Primero se te da por quejarte de que Rich tiene privilegios, y después por quejarte de que te pagamos un viaje. Vamos, te encanta la idea. Vas a pasar unos días increíbles, mientras no sigas encaprichada. —Le soltó la muñeca y le dio unas palmaditas en la mano—. Va a ser un viaje digno de la realeza. Vamos a hacer lo que queramos y a pedir todo el helado que se nos antoje. ¡Un viaje a Nueva York! ¿No es ideal? ¿No es ideal, chicas? ¿No es ideal, Alice?

En el piso de arriba, en su dormitorio, Janey tenía más juguetes que nadie, un armario entero lleno de juegos y juguetes, y muñecas también. Qué *malcriada*, pensó Kyla. Era indiscutible. Pero lo único que quería siempre era jugar al *Scrabble* o leer alguno de esos libros enormes y gruesísimos. O peor, hablar.

—Me pusieron Jane por mi tía abuela —dijo—. Tenía una mansión en Nueva York. Y muchos cuadros famosos, de los que aparecen en los libros, y joyas. Lástima que se haya muerto, o podría quedarme a dormir ahí cuando vaya a la ciudad.

—¿Qué pasó con todas sus cosas? —preguntó Kyla. ¿Pero por qué estaba haciendo esto? Darle cuerda a una persona mentirosa era peor que ser una mentirosa—. ¿Por qué no las tenéis vosotros?

—Porque lamentablemente su esposo lo perdió todo. Lo apostó. Jugando a la... ruleta. Así que vamos a tener que ir a un hotel, como el Plaza, o el Carlyle. Pero esos lugares no están mal.

—¿Vais a menudo a esos hoteles? —preguntó Kyla.

—Bueno, en realidad no. Pero cuando mis papás viajan siempre me escriben cartas y me hablan de eso, y me traen... *souvenirs*. Cuando fueron a San Francisco en otoño me trajeron una maleta llena de regalos.

—Qué bien —dijo Kyla. Se levantó y se estiró—. No tengo muchas ganas de seguir hablando.

—¿Y? —dijo Janey—. Yo tampoco. Quiero leer mi libro.

Y después, por la mañana, por supuesto, jugaron al *Scrabble*. Kyla vio a Richie en el patio delantero con John Hammond y, más tarde, al fin, el coche de su madre.

—Llegó mi mamá —dijo—. Bajo.

—Tranquila —dijo Janey—. Va a tocar el timbre cuando esté lista. Tenemos tiempo para una partida más, como mínimo.

—Estás haciendo trampa —dijo Kyla.

—¡Trampa! —gritó Janey.

—“Sosear” no es una palabra —dijo Kyla.

—¡Sí que es una palabra! —respondió Janey—. Significa mandar un S.O.S. Algo hay que decir cuando una persona hace eso.

—No juego más —dijo Kyla.

Bajó al salón, donde su madre estaba hablando con la señora Laskey.

—Buenos días, remolona —dijo la señora Laskey.

—Buenas —dijo su madre, cuando Kyle se acercó y se apoyó en su brazo—. ¿Lo pasaste bien?

Kyla asintió con la cabeza.

—Nos vamos en un segundo, cariño —dijo la madre—, pero primero voy a hablar algo con Carol. Ahora quiero que vuelvas a subir corriendo, rápido, como una conejita.

Kyla se apartó del brazo inerte de su madre y fue caminando al recibidor, donde se quedó examinando la colección de animalitos de cristal de la señora Laskey.

—Le vi la cara justo cuando se le ocurría la idea —estaba contando la señora Laskey—. Se la vi. Y ahí empezó a decir cualquier estupidez sobre su padre... ¡los valores de su padre! Que era un viejo asqueroso con todas las letras. ¡Qué talento que tiene para aprovecharse de los demás! Se aprovecha de sus hijas, se aprovecha del pobre padre, ese viejo desagradable, muerto y todo...

—Bueno, Carol —dijo la madre de Kyla, eligiendo bien las palabras—, desde hace mucho querías un descanso. Y esta es la... Además, probablemente él sí tenga ganas de pasar algo de tiempo con...

—¿Dick? —dijo la señora Laskey, riéndose por la nariz—. Muy gracioso, Lorraine.

—Bueno, es lo que estoy diciendo —dijo la madre de Kyla, tratando de levantarle el ánimo—. Después de todo, no es algo que suele hacer.

—Y Janey, pobrecita —dijo la señora Laskey—. La pobre es un cero a la izquierda. Era tan guapa de niña... Por supuesto, él la adoraba. Ahora no importa lo que haga, ella...

—Necesita amigas, nada más —dijo la madre de Kyla—. Si pasara más tiempo...

¡Ay, no!, pensó Kyla.

Pero por suerte la interrumpió la señora Laskey.

—Lo peor es que cualquiera puede ver a una legua lo que él está tramando.

—Bueno —dijo la madre de Kyla—, claro, esta es una cara de Dick que yo nunca...

—Y es compulsivo. Ni siquiera sabe que lo está haciendo. ¿Te dije que al principio hasta me sentía halagada?

—De todas formas, es una oportunidad maravillosa para las chicas. Ojalá Kyla pudiera...

La pequeña lechuza que Kyla estaba examinando casi se le cae de las manos, pero la señora Laskey volvió a interrumpirla.

—Me halagaba que gastara tanta energía solo para manipularme —dijo—. Así de patética era. Eso te muestra lo que era mi autoestima. Pero después me di cuenta de que hacía el mismo esfuerzo

para manipular a todo el mundo. No puede simplemente comprar una botella de leche, tiene que forzar al almacenero a *vendérsela*. Y la verdad es que realmente me... En fin, me encantaría decírselo en la cara, pero no me animo a darle una razón para...

—No, no —dijo la madre de Kyla—. A esta altura, no creo que te convenga hacer nada para...

—*Nueva York* —dijo la señora Laskey—. Todas esas personas roñosas salidas de quién sabe dónde... Lo único que me pregunto es cuándo habrá empezado con eso.

—Carol —respondió la madre de Kyla—, hablo en serio. No creo que sea prudente apresurarse a... Además, va a ser todo un aprendizaje para las chicas. Ojalá yo pudiera ofrecerle algo así a Kyla. Y si alguien se merece un poco de tiempo a solas, esa eres tú.

La señora Laskey suspiró teatralmente, y por un momento —como ya no se oía nada —, Kyla se preguntó si debía volver al salón para buscar a su madre. Pero entonces la señora Laskey se rio.

—Bueno, hablando de mentirosos hijos de puta —dijo—, ¿cómo te fue anoche?

—¿Por qué estás obligada a ir? —preguntó Ellen.

—No es que esté *obligada*... —dijo Kyla.

—¿Te *gusta* irte de vacaciones con Janey Laskey?

Ya eran fines de febrero. La nieve de una tormenta reciente todavía cubría el suelo y podía verse a lo largo de las ramas de los árboles, y el cielo era de un azul vidrioso. Pero Kyla sentía que la primavera acopiaba fuerzas detrás de las murallas del invierno.

—Es que me da lástima —dijo Kyla.

—A mí también me da lástima —dijo Courtney.

—Bueno, a mí también me da lástima —respondió Ellen—, cuando no está cerca. Pero es muy difícil que te dé lástima cara a cara.

—Tiene problemas —dijo Kyla.

—Kyla... —Ellen la miró—. *Tiene problemas*.

—Además —agregó Kyla—, conocería Nueva York.

—Nueva York es genial —dijo Courtney—. Yo antes iba todo el tiempo. Es lo peor de haberme mudado aquí.

—Probablemente vayamos al Plaza o al Carlyle o algún hotel por el estilo —dijo Kyla.

—Todavía no entiendo por qué tu mamá te obliga —dijo Ellen.

—No me *obliga* —respondió Kyla. Miró a Ellen, confundida. Ah. Claro. *Ellen estaba celosa*—. Solamente quiere que vaya a todos los museos y el *ballet* y esas cosas. La señora Laskey es amiga suya...

—La mamá de Kyla es tan buena —dijo Courtney, meditando, y Kyla la miró agradecida: era tan guapa, despatarrada en la cama de Ellen. La chica más guapa de la escuela, y era su amiga, amiga de Kyla y amiga de Ellen. Tenía el pelo corto y rubio, con rizos esponjosos, como un diente de león. Sus ojos azules, más claros que el cielo, no reflejaban nada.

—¿Pero por qué le cae tan bien la señora Laskey a tu mamá? —preguntó Ellen.

—*Ellen...* —dijo Kyla.

—Tienen muchísimo dinero —dijo Courtney—. Tienen una canasta gigante llena de billetes en el sótano, dice mi papá.

—Creo que la señora Laskey está loca —agregó Ellen—. A mi mamá le cae muy mal.

—A mi mamá le da lástima —dijo Kyla. Y después contó lo que no tenía que contar nunca, de nadie, lo que ni siquiera se suponía que supiera—: Estaba internada en la clínica donde trabaja mi mamá.

—Seguramente toma pastillas —dijo Courtney—. ¿Habéis visto que está toda hinchada? —Se miró las uñas y frunció el entrecejo—. El señor Laskey es guapo, pero no me gustaría estar casada con él. Vinieron a la fiesta de mis papás la semana pasada, y el señor Laskey y la mamá de Peter Nussbaum se pusieron a flirtear como locos.

—¿En serio? —dijo Ellen.

—El señor Laskey estaba flirteando con todo el mundo —respondió Courtney.

Kyla la miró. Flirtear. Flirtear, claro, era cuando uno...

—¿Qué hacía? —preguntó.

—Y... —dijo Courtney—. Nada. Flirteaba. Con mi mamá también. Seguramente flirtea con la tuya.

—No —dijo Kyla, y el corazón le dio un vuelco.

—Aunque Rich Laskey es guapo —dijo Ellen.

—¿Rich Laskey? —preguntó Courtney—. Rich Laskey es *guapísimo*. ¿Pero os habéis dado cuenta? Es idéntico de cara al padre, en realidad.

Ellen y Kyla se miraron.

—Uf—dijo Ellen—. *Rarísimo*...

Afuera, el aire parecía fresco como una manzana, y la escarcha brillaba en las ramas de los árboles. Kyla cerró los ojos, para que las caras del señor Laskey y la de Richie no se mezclaran, pero terminaron fusionándose de un modo desagradable.

—Ya me cansé de estar sentada —dijo—. Salgamos.

—Hace frío —dijo Courtney. Se acomodó en la cama y suspiró.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ellen.

Los juguetes y juegos de Ellen estaban alrededor de las tres. El televisor, opaco, estaba en la habitación de al lado. No estaba encendido, pensó Kyla, pero seguía viéndolo todo, seguía recibiendo todo lo que sucedía. Podía apagarse, pero eso solo significaba que uno dejaba de ver lo que, detrás de la pantalla a oscuras, el televisor mismo seguía viendo. A veces, de noche, cuando lo apagaba, podía sentir cómo la pantalla aún irradiaba cosas de otras partes del mundo: la cálida confusión de las risas, los pasos que retumbaban como los de un gigante, los latidos de un corazón atribulado, el ruido brusco de unas llantas que rechinaban, el estampido de unos disparos, las imágenes tremebundas que no podía evitar ver antes de que desaparecieran, y gente detrás de sus escritorios, alzándose alrededor de ella, tiñendo la noche con olor a sangre, perfume y metal, contaminando ese momento cuando, indefensa, estaba por irse a dormir, contaminando sus sueños y el deshilachado umbral que atravesaba al despertarse al día siguiente.

—Ya sé lo que podemos hacer —dijo Courtney. Se incorporó perezosamente sobre el codo—. Una de nosotras puede simular que es Richie Laskey.

Qué bueno sería estar en casa, pensó Kyla, en su propio dormitorio. Rodeada de una suave oscuridad, ella en el piso de arriba y su mamá abajo...

Ellen se quedó mirando a Courtney, extrañada.

—¿Cómo? —preguntó.

Entonces Kyla miró a Courtney también, y su corazón dio otro vuelco.

—Es fácil —dijo Courtney—. Yo les muestro.

—Bueno —dijo Ellen.

Los sonidos de la madre de Ellen moviéndose en el piso de abajo retumbaban de un modo increíble en los oídos de Kyla.

—Nos vamos turnando —dijo Courtney.

—Bueno —respondió Ellen.

Kyla escuchaba lo que decía Ellen, pero no podía sacarle los ojos de encima a Courtney.

—Yo voy a hacer de Richie —dijo Courtney.

El silencio de sus ojos azules y límpidos era como el silencio de un reloj.

—Kyla primero —agregó, y alzó la mano—. ¿Está bien?

—¿Por qué estoy obligada a ir a Nueva York con los Laskey? —preguntó Kyla.

—No estás obligada, cariño. Por supuesto. —La madre de Kyla parecía sorprendida—. No sabía que te molestaba tanto. Me quedé tan sorprendida cuando los Laskey se ofrecieron... es muy generoso de su parte. Obviamente sabía que a Carol la pondría muy contenta si Janey llevaba a una amigueta, pero acepté porque en tu lugar me hubiera parecido una oportunidad increíble.

Si su madre supiera que Janey mentía todo el tiempo y usaba palabras como “culo”, “mear” y cosas peores, quizá no pensaría que los Laskey eran tan maravillosos. Y si entendiera cómo la trataba realmente Janey cuando iba a casa a cenar... Con todos esos gélidos

“sí, gracias” y “no, gracias”. Era obvio lo que pensaba Janey: pensaba que a la madre de Kyla había que tratarla como a una sirvienta.

—Ya sé que Janey no te cae muy bien —dijo la madre.

—La odio —dijo Kyla.

Su madre esperó un momento.

—Ya sé que Janey no te cae muy bien —repitió—. Pero significa mucho para mí que seas buena con ella. Estoy muy agradecida, y sé que su mamá y su papá te lo agradecen mucho también.

—Me da pena la señora Laskey —dijo Kyla.

—¿Carol? —Miró a su hija, divertida—. Carol es una de las mujeres con más suerte que conozco. Es muy capaz. Te olvidaste de cómo estaba esa casa cuando era de los Foss. Y además, tiene medios para disfrutar de la vida, algo muy importante, querida, como ya descubrirás alguno de estos días, aunque, claro, hay cosas más importantes, ¿no? Y es tan *guapa*. Sé de buena fuente que no se hizo nada en la cara. Es muy raro que me digas eso, hija. La mayoría de las chicas quisieran ser como ella.

—No me gustaría estar casada con el señor Laskey —dijo Kyla.

—¿En serio? —Su madre se rio un poco—. Bueno, por suerte no es algo de lo que tengas que preocuparte. Pero podría ser peor. Dick es muy exigente, supongo, y podría decirse que es un egoísta, o un egocéntrico, pero es culto, y curioso, y atractivo, y tiene energía y puede ser muy divertido. Y claramente mantiene a la familia. En general, es lo que yo llamaría un buen partido.

Kyla miró su salón, tan bonito. ¿No le gustaba a su madre? Era mucho más acogedor que la casa enorme, blanca y acristalada de los Laskey, con todas esas pinturas y esculturas horribles... *Esculturas*, puaj.

—¿Y papá no era un buen partido? —preguntó Kyla.

La madre le acarició el pelo.

—Tu padre es un hombre muy bueno —dijo—. Tiene un gran corazón, como su hija. Es solo que... le falta ambición. Supongo que está bien contentarse con lo que uno tiene, pero no cuando uno es padre de una criatura. Antes me... —Se detuvo y soltó una risita culpable—. La verdad es que tu padre y yo nunca terminamos de

cuajar. Aunque —le sonrió a Kyla— si no hubiéramos estado juntos, no te tendría, ¿no, cariño? Y hablando de eso, ¿qué te gustaría hacer esta tarde?

—Quedarme en casa —dijo Kyla.

—Ay, cariño. Es sábado. No vas a quedarte encerrada y triste todo el día. ¿No hay nada especial que quieras hacer? ¿No te gustaría llamar a Ellen?

—No —dijo Kyla.

—¿Y a Courtney?

Kyla negó con la cabeza.

—¿Ya no te gusta estar con tus amigas? Hace mucho que no ves a Ellen o a Courtney.

Kyle se apoyó en su madre, en la frescura de su cuerpo.

—No seas plomo, hija —dijo ella—. Ya estás grandecita.

Kyla se apartó de golpe. ¿Y si su madre se daba cuenta de algo que ella misma había visto por primera vez esa mañana, en el espejo? Estaba engordando. Después de todo, era posible que terminara teniendo unas piernas gigantes. O esa barriga horrible que le había salido a la hermana de Judy Winner cuando empezó la secundaria. En la cara también estaba viendo cambios sutiles. Esa mañana, en el espejo, le había parecido que alguien más se había metido detrás de su cara durante la noche y la estaba estirando, como una máscara, transformándola en otra. ¿Qué iba a pasar con la suya, con la de siempre? ¿La cara que su mamá amaba? Se dio la vuelta.

—Está bien, cariño. No te enfades. —Su madre suspiró—. Nadie te obliga a ir a Nueva York. Solo quiero que tengas las ventajas que yo nunca tuve. Quiero que tengas una vida emocionante.

—Pero tu vida es emocionante —dijo Kyla. Se quedó mirando a su madre—. ¿O no, mamá? ¿No? Tu vida no es aburrida. ¿No es emocionante?

—Mi amor —dijo su madre, y Kyla vio que a ella también le estaban pasando cosas en la cara—. Mi hijita preciosa, tan buena.

*

—Janey —dijo el señor Laskey—, ¿tanto te cuesta comer eso bien, como una adulta? Si no querías ensalada de frutas, no deberías haber pedido eso.

—Sí que quiero ensalada de frutas. Lo que no quería era hacer este viaje.

—Yo recuerdo otra cosa —respondió el señor Laskey.

—Lo que quería era ir a esquiar con Richie —dijo Janey.

—Cuando tengas catorce años, como Rich —dijo él—, y cuando tengas un amigo con una casa en Vail, como Rich, entonces vas a poder ir a esquiar, como Rich.

—Cuando sea un chico, como Rich —dijo ella.

La camarera volvió a aparecer, ilusionada.

—¿Cómo va todo? —dijo, mirando al señor Laskey.

—Bien —dijo él, irritado. Después pareció recordar con quién estaba hablando, y le sonrió—. Todo es tan rico como antes.

Hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Bueno, qué bien saberlo —dijo la camarera. Parecía estar esperando que él agregara algo más.

Janey le sonrió a la ensalada de frutas, con desprecio, pero Alice se echó a llorar.

—¿Qué pasa ahora, Alice? —dijo el señor Laskey.

—¡Dijiste “cualquier cosa que quisiéramos”! —anunció Alice, furiosa.

—Pero te sirvieron lo que querías —dijo el señor Laskey, con cara de confundido.

—¿Qué te gustaría, Alice? —dijo Janey—. Tranquila. ¿Qué te gustaría?

—Dijiste que querías una tostada de canela —dijo el señor Laskey.

—¡No! —rugió Alice, y señaló el helado de Kyla—. ¡Eso!

El señor Laskey pareció succionar el interior de sus mejillas y se quedó mirando su propio helado.

—¿Camarera? ¿Camarera? —exclamó—. Otro helado de vainilla cubierto de chocolate, por favor. Para la señorita.

El estridente llanto de Alice se perdió entre el alegre barullo del restaurante. Pero a Kyla la asombró lo fuertes que eran las voces de los niños. Estuvieran felices, tristes o asustados, sus gritos se podían oír a varias manzanas de distancia. No solo Alice —aunque lo suyo parecía prodigioso—, sino todos los niños pequeños. Probablemente fuera la naturaleza. La naturaleza había hecho que Alice gritara tan fuerte y que Alice fuera tan guapa. La naturaleza había hecho que los niños fueran indefensos, pero también los protegía con volumen y belleza. La propia Kyla en otros tiempos probablemente podía hacer sonidos como los de Alice, ¡y ni siquiera se daba cuenta! Y ahora, por más que quisiera soltar un aullido que hubiera hecho que medio barrio viniera corriendo a ver qué pasaba, era imposible. Porque no bien la gente lograba liberarse un poco de la naturaleza, y empezaba a poder cuidarse sola, dejaba de gritar fuerte y perdía su belleza.

—Bueno, Alice —dijo el señor Laskey cuando la camarera le sirvió un helado enorme—. ¿Todo el mundo tiene lo que quiere? ¿Estamos todos contentos?

—Ni que lo digas —respondió Janey.

—Jane —dijo el señor Laskey—, ¿tenemos algún problema, hoy?

Janey le sostuvo la mirada por un momento y después desvió los ojos.

—No.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Porque —agregó el señor Laskey—, si hay algún problema, quizá lo mejor sería que me lo dijeras, así lo aclaramos ahora mismo.

—No —dijo Janey.

—¿No qué? —dijo el señor Laskey.

—No hay ningún problema.

—¿Cómo? —dijo él—. No te oí.

Por un momento, Janey no dijo nada.

—No hay ningún problema —repitió al final, por lo bajo, con una voz inexpresiva.

—Esa es mi hija —dijo el señor Laskey—. Todo solucionado. Ahora —miró su reloj—, vamos a ir al hotel para dormir una siesta a las tres, nos levantamos a las cinco y media, y a las siete menos cuarto nos bañamos y nos preparamos para salir. ¿Entendido?

—Entendido —dijo Janey—. O sea que tenemos que dormir una siesta de dos horas y media.

—¡Ah! —exclamó el señor Laskey—. Tenemos a otra matemática en la familia.

—¿Una siesta de *dos horas y media*? —preguntó Janey.

—¡No! —dijo Alice, alarmada—. ¡Es ideal!

—Te estás confundiendo de palabra, Alice —señaló Janey.

—Para nada —dijo el señor Laskey—. ¿Sabéis lo que es un adulto? ¿Jane? Un adulto es alguien que aprendió a postergar su propia satisfacción. Esta noche vamos a ir al *ballet*, y nos vamos a acostar muy tarde. Es decir, eso no se negocia. Pero como tenemos tiempo para hacer algo rápido antes de la siesta, la pregunta es: ¿qué queréis hacer?

—Queremos ir al zoológico infantil —dijo Alice.

—Queremos ir al Museo de Nativos Americanos —dijo Janey.

—¿Kyla? —preguntó el señor Laskey.

—Las dos opciones me parecen bien —dijo Kyla. La verdad, ella solo quería ir a casa.

—Bueno —dijo él—, ya fuimos a ese museo ayer. Además, está muy, muy lejos... Lamentablemente, es imposible.

—Es la una y media —dijo Janey—. Tenemos tiempo.

—El que decide eso soy yo —respondió él.

—Pero es la *una y media* —dijo Janey.

—Creo que te escuchamos —respondió el señor Laskey—. Y yo dije que era el que decidía si tenemos tiempo o no.

—Zoológico, zoológico! —canturreó Alice.

El señor Laskey la miró.

—¿Esas son ojeras? —dijo—. ¿No dormiste bien anoche?

—No —contestó Alice, tranquilamente.

El señor Laskey miró a Janey.

—¿De qué está hablando? —preguntó él.

Janey y Kyla cruzaron miradas.

—Tuvo pesadillas —dijo Janey—. No nos dejó dormir ni a Kyla ni a mí durante toda la noche.

—¿Es verdad eso? —preguntó el señor Laskey.

—Janey no me dejaba llamar a mami —dijo Alice.

—¿Querías despertar a mami? —replicó Janey, furiosa—.

¿Eso querías, Alice?

Alice agachó la cabeza, y se le empezaron a formar grandes lágrimas en los ojos.

—No —dijo, con una vocecita.

Aunque la verdad, pensó Kyla, Janey no era tan buena matemática que digamos. Serían apenas las diez y media de la noche en casa cuando Alice las despertó.

—¿Qué te asustó, Alice? —dijo el señor Laskey—. ¿El museo de ayer? ¿Los indios?

—No estabas ahí —dijo Alice. Tenía los hombros encorvados y estaba mirando cómo se derretía su helado, mientras le caían las lágrimas de los ojos, esos ojos tan grandes—. Había un estanque, y tenía hielo encima, y se abría, y desaparecías.

—Estoy aquí, cariño. Fue una pesadilla, nada más. Estoy aquí.

—Es lo que le expliqué yo —dijo Janey—. Le expliqué que no era real.

—Estaba... —empezó a decir el señor Laskey. Después miró la pared, como si hubiera aparecido algo ahí de repente—. Jane, estoy orgulloso. Me parece muy bien que hayas sido responsable y hayas tratado de tranquilizarla.

Janey miró hacia adelante, hacia la nada. Era increíble, pero parecía a punto de llorar.

—¿Y sabéis qué? —dijo él—. Se me acaba de ocurrir algo. Creo que antes de dormir la siesta tendríamos que comprarle un regalo a mami. ¿Les parece buena idea?

Janey y Alice asintieron con la cabeza, serias.

—Vamos a comprarle un regalo a mami para mostrarle que estamos pensando en ella y para premiarla por tener dos hijas tan buenas. Ahora voy a hacer una llamada, y cuando vuelva Alice ya va a haber terminado su helado y nos podremos ir.

—¿Vamos a llamar a mami? —dijo Alice, con el ceño fruncido, dubitativa.

—Vamos a llamar a mami cuando estemos todos juntos —dijo el señor Laskey.

—Cuando... —dijo Alice, y sacudió la cabeza lentamente.

—Cuando estemos todos juntos en el teléfono del hotel —dijo el señor Laskey.

Bueno, era cierto: Janey, aunque pareciera mentira, había sido muy responsable la noche anterior. No hubo alternativa. Cuando Alice se despertó por segunda vez, con los dientes castañeando como si volara de fiebre, y no había cómo consolarla, Kyla le dijo a Janey:

—¿Llamamos a tu papá?

—No sé —respondió Janey—. Papi dijo que si necesitábamos algo se lo pidiéramos a Donald.

Alice, hecha un ovillo y empapada de lágrimas, seguía llorando.

—¿Pero qué necesitamos? —dijo Kyla.

—Mmm. —Janey y Kyla se miraron—. Cierto...

—¡Papi, papi, papi, papi! —gritó Alice.

—No grites, Alice, por favor —dijo Janey—. Vas a despertar a todo el hotel.

—¡Papi...! —gritó Alice otra vez, más fuerte.

—Bueeeeno —dijo Janey.

—Lo voy a buscar.

Pero Kyla no pudo despertarlo ni golpeando a su puerta ni — cuando encontró una tarjeta de plástico que indicaba cómo llamar a las otras habitaciones— por teléfono.

Ella sentía cómo le latía el corazón, o quizá sintiera el de Janey, cuando las dos se acurrucaron contra Alice en la camita. ¿Y si al señor Laskey le había dado un infarto de verdad? ¿Y si estaba tirado en el suelo de la habitación de al lado, muerto?

—Ey, Alice, ahora me vas a soltar un momento —dijo Janey—, así bajo y te traigo un vaso de chocolatada caliente, y después te vas a dormir.

Janey se puso el abrigo encima del camisón y salió por la puerta grande de madera, y Kyla recordó que había muchas otras personas, en muchas otras habitaciones, a su alrededor. Del otro lado de esas flores azules tan tristes del empapelado, de hecho, había millones de personas, que no podían serles de ninguna ayuda, durmiendo entre las luces de la ciudad. Por lo menos Alice seguía siendo guapa, lo que era una suerte para ella. Kyla pensó en la nueva fealdad que ahora se expandía como una enfermedad por su propia cara. “No seas plomo”, le había dicho su madre.

—¿Jugamos a algo, Alice? —preguntó Kyla, cuando Alice se calló—. ¿Te gustaría que juguemos a los bebés?

A Alice le dio hipo.

—¡No! —chilló.

Y entonces Janey volvió, pero con una taza grande de leche caliente en vez de chocolatada.

—Aquí tienes, Alice.

Alice aceptó la taza y se la ofreció a Kyla.

—El bebé toma la leche —dijo, y soltó otro hipido.

—Basta, Alice —dijo Janey—, te la traje para que la tomaras. Rápido. Donald me hizo ponerle miel porque te iba a gustar, ¿no te parece que es bueno? Así que dale las gracias cuando lo veas.

Janey se sentó, rígida, y miró por la ventana, mientras Alice se bebía la leche ruidosamente y suspiraba, hasta que, al final, lanzó un eructito.

—Donald dijo que cuando se duerme no hay manera de despertarlo —comentó Janey—. Dijo que una vez entró un ladrón a su apartamento y la persona con la que él vivía se puso a gritar y llamó a la policía, y que la policía vino, y él no se despertó en ningún momento.

Kyla asintió con la cabeza, aunque Janey seguía mirando por la ventana.

—Qué suerte tiene Richie —dijo Janey.

—La verdad es que sí —dijo Kyla.

Y fue como si Janey hubiera levantado un telón y detrás —desde siempre— estuviera Richie. Pero no Richie solo: Richie mezclándose una y otra vez con el señor Laskey, mezclándose sin remedio, porque ella le había hecho algo. Le había hecho algo, con Ellen y Courtney. Había dejado que algo le pasara a Richie.

A la mañana siguiente, cuando se levantaron y se vistieron, Janey seguía aletargada y pálida. Sin embargo, ahí estaba el señor Laskey, leyendo su diario en la mesa del desayuno, como siempre.

—¡Ahí está papi! —observó Alice, innecesariamente.

Janey se detuvo. Alice fue corriendo sola a la mesa, y a Janey la invadió ese malhumor que le duró el resto del día.

—Listo —dijo el señor Laskey cuando pusieron la pulsera que todos (Kyla incluida) habían elegido para la señora Laskey en su preciosa cajita de terciopelo—. Creo que mami se va a poner muy contenta cuando la vea.

Me imagino, pensó Kyla: vetas delicadas de oro, estrellitas brillantes. No era justo. A su madre le quedaría mucho mejor. Y se lo merecía, mientras que la señora Laskey no, y su madre hubiera estado mucho más agradecida de recibir semejante regalo. Kyla podía ver la cara que pondría su madre, iluminada por la sorpresa y el cariño, si ella pudiera darle una cajita de terciopelo como esa.

El señor Laskey levantó la mano de nuevo y esta vez lo que apareció fue un taxi. Se subieron todas al asiento trasero enseguida, y Kyla aterrizó un poco de lado entre Janey y la puerta, pero cuando el señor Laskey indicó la dirección del hotel, el taxista sacudió la cabeza, molesto.

—Va a ser mejor que vayan caminando —gritó por encima de la estática de la radio—. Todo el East Side es una pesadilla.

—Gracias por el consejo, señor —dijo él—. Pero preferimos el taxi. Son como quince manzanas, y las chicas están cansadas.

—¿Está seguro? —dijo el taxista, y bajó el volumen de la radio—. En tres cuadras nos vamos a quedar trabados.

El señor Laskey sonrió.

—Entiendo —dijo—. ¿Pero qué me sugiere que haga? Estamos muy cansados para caminar, y el hotel está en el East Side.

—Lo que le sugiero en ese caso, señor, es que se muden al West Side.

—Ja, ja, ja —dijo Janey.

—Porque además —agregó el taxista—, cuando me meta en ese caos no voy a poder volver a salir en la puta vida.

—Voy a tener en cuenta sus dificultades, señor.

—Es bueno saberlo —dijo el taxista—, porque en días así me muero de hambre.

El taxi, que había ido zigzagueando a toda velocidad, haciendo que Alice adquiriera un tono ligeramente verdoso, en efecto estaba avanzando a un ritmo cada vez menor, hasta quedar casi inmóvil.

—Me cuesta más alquilar el puto coche en un día como este de lo que termino ganando.

—Ya le dije que lo voy a tener en cuenta —dijo el señor Laskey—. Jane, los seres humanos no tenemos vidas difíciles para que te puedas matar de risa. Nuestro taxista está nervioso y es entendible, pero una vez que atravesemos el puente el tráfico se va a despejar y todo va a estar bien.

Sin embargo, una manzana después entraron a una masa compacta de bocinazos, donde el cansancio de Kyla pareció atraparla como el ámbar a un insecto. Y después de un rato, el señor Laskey se inclinó hacia adelante.

—¿Cuál es el problema, señor? —dijo—. Hace veinte minutos que no nos movemos.

—¿Cuál es el problema? —repitió el taxista—. El problema es que no nos movemos. Ah, espere: me está preguntando cuál es la *causa* del problema.

—Esa era mi intención —dijo el señor Laskey. Le había empezado a latir una vena en la frente—. Sí.

El taxista se dio la vuelta y lo miró.

—¡Ah, claro...! —dijo, y se golpeó la sien con la palma de la mano—. ¡Ahora entiendo! Díganme, ¿en qué... planeta viven ustedes?

—Quizá si fuera tan amable de... —dijo el señor Laskey.

—Con gusto —respondió el taxista.

Subió el volumen de la radio de un modo brutal, pero a Kyla le resultaba casi imposible entender lo que decía el locutor a través de la estática y de las bocinas. Había un edificio, cerca de su hotel, y había policías...

—¿Quién? —gritaba Janey por encima de todo aquel ruido—. ¿Qué es lo que hizo?

—¿Quién? —contestó el taxista a los gritos—. ¿Qué? Increíble. Lo han pasado en todas las emisoras de radio de la ciudad. Todos los canales de televisión del universo. Más sangre por metro cúbico que en la batalla de Stalingrado. ¿De dónde son ustedes? En serio les estoy preguntando, ¿de Nueva Jersey?

—¿Cuénteme qué pasó, cuénteme, cuénteme! —gritaba Janey.

—Eso no importa, Jane —dijo el señor Laskey.

—No importa —repitió el taxista—. Claro. No importa. Bueno, por supuesto que no importa. Ustedes sí que apoyan a los suyos, ¿no? Claro, si el tipo es lo suficientemente rico, lo suficientemente guapo, si se acuerda qué marca de agua mineral prefiere cada uno de sus pacientes, *no importa* si mata a su mujer reventándole la cabeza con una lámpara de pie. *No importa* si la deja hecha polvo.

—No creo que esto realmente sea... —empezó a decir el señor Laskey.

—Ay, perdón —dijo el taxista—. Tengo el honor de dirigirme a un profesional del Derecho, seguramente. Este tipo le *habría* destrozado la cabeza a la esposa, los vecinos *habrían* pisado varias partes del cuerpo al entrar, después se *habría* dado a la fuga, arrastrando a su pobre hijito al apartamento de su novia, donde los policías más tarde encontraron un jersey pegoteado con pelo y sangre que *aparentemente coincidiría* con el de su esposa; y ahora *hay quienes dicen* que está en el techo con el hijo y que...

—Señor, no me parece... —dijo el señor Laskey, y Alice empezó a llorar.

—No te va a pasar nada, Alice —dijo Janey—. A nadie le importas que estés.

—Exacto, Alice —dijo el señor Laskey—. No nos va a pasar nada a ninguno de nosotros.

—Uh, ey... —El taxista se dio la vuelta. Miró a Alice a los ojos y la tomó de la mano—. Ey, perdón, cariño. Ahora la apago, ¿sí? —Apagó la radio—. Clic, ya está. No más historias deprimentes.

—Señor —dijo Alice, y se frotó la mejilla contra la mano del taxista.

Su padre suspiró.

—Alice, mi amor, ¿por qué no dejamos que el hombre siga conduciendo?

—¿Por qué lo hizo? —preguntó Janey—. ¿Papi?

—Nunca lo sabremos, Jane —dijo el señor Laskey—. La gente normal nunca puede sondear la mente de un tipo enfermo.

Bajó la ventanilla y sacó la cabeza.

—La esposa era una basura —dijo el taxista—. ¿Cuánto apostamos? Una puta. Una insoportable. Una exprimidora. Así y todo, debería haberse divorciado y listo.

—Chicas... —El señor Laskey miró su reloj—. Me parece que va a ser mucho más rápido ir caminando, a esta altura.

—¡Ey, escuchen al tipo este, chicas! —dijo el taxista—. Un verdadero genio. ¡Va a ser más rápido caminar! ¿Cuándo piensan que este mago de los números tuvo tiempo para hacer un cálculo tan difícil? Díganme —se dio vuelta, arqueando las cejas—, ¿qué les parece bajarse *ahora mismo*?

—¿Podemos acariciar a las cabritas? —dijo Alice, cuando el señor Laskey abrió la puerta.

—Alice —dijo Janey—, te estás confundiendo otra vez.

El señor Laskey le dio un billete al taxista.

—Aquí tiene, señor. Espero que esto lo compense por todas las molestias.

—Y yo, señor —dijo el taxista, arrojando el billete a la zanja—, espero que *esto* lo anime a meterse el tonito arrogante en el culo.

—Apenas entremos —dijo el señor Laskey, mientras subían pesadamente los escalones que daban al hotel—, quiero que vayáis a

vuestra habitación. Son pasadas las tres. *Muy* pasadas las tres — agregó, sacudiendo la cabeza ominosamente—. Y quiero que os lavéis esas manos. Alice sobre todo.

—Las manos de Alice están limpias —dijo Alice, adoptando un tono majestuoso—. Se las lavó después de almorzar.

—Eso fue después de almorzar —respondió él—. Desde entonces quién sabe qué habrás tocado.

Cuando entraron al hotel, cinco o seis jóvenes de uniforme —botones y recepcionistas— se dieron la vuelta, dándole la espalda a un pequeño televisor en el mostrador. Sus miradas, encendidas por la emoción, se opacaron automáticamente para recibirlos con la debida cortesía.

—Hola, señor Laskey —dijo uno—. Un espanto, todo eso, ¿no?

—Horrible —dijo él, mirando su reloj con irritación—. *Vamos*, chicas.

—Ah, señor Laskey... —Donald se apartó de los demás y se acercó, apurado.

—¿Qué pasa? —preguntó él, arrugando el entrecejo.

Donald vaciló.

—¿Sí? —insistió el señor Laskey.

Se detuvo, mirando su reloj de nuevo, y Alice se chocó contra su pierna.

—Lo que pasa —dijo Donald— es que la señora Shawcross vino a verlo. Me temo que acaba de irse.

—¿No recibió mi mensaje, ella?

—No lo sé, señor.

—¿Está mamá en el teléfono? —preguntó Alice.

—Basta, Alice —dijo Janey.

Alice tiró de la manga de su padre.

—¡Janey dijo “Basta, Alice”! —anunció.

—Un segundo, Alice —dijo el señor Laskey—. Pero le dejé un mensaje en la oficina. ¿No lo recibió?

—No lo sé, señor. No me dijo nada.

Alice se sentó de repente en la alfombra.

—¡Tu vestido, Alice! —exclamó Janey—. No te sientes. ¡Si te ve mamá, te mata!

—¡No! ¡Te mata por gritarme! —replicó Alice, pero se apresuró a levantarse, limpiándose la parte de atrás de la ropa.

—¿Cómo están mis chicas? —preguntó Donald—. ¿La imaginación no da tanto miedo de día? —agregó, guiñándole un ojo a Janey, que clavó la mirada serenamente en un lugar justo detrás de la cabeza de Donald.

El señor Laskey pareció despertar de un trance.

—¿No le respondemos a la gente que nos saluda? —preguntó.

—Ah, Stan... —dijo Donald, y uno de los muchachos de uniforme se apartó con dificultad de la pantalla para abrirle la puerta a un hombre que llevaba una carpeta, y el sonido de los bocinazos inundó el recibidor.

—No puede ser —dijo el señor Laskey—. Maldita sea.

—Horrible, señor —dijo Donald. Sus ojos gravitaron ávidamente hacia el televisor—. Es increíble lo que puede hacer un ser humano, ¿no?

—También podrías jugar con tus juguetes, Alice —dijo Janey—. No estás obligada a quedarte tirada ahí.

—Sí, estoy obligada —dijo Alice—. Es la hora de la siesta.

Dos lágrimas enormes le rodaron por las mejillas.

—¿Qué pasa? —preguntó Janey—. ¿Te da miedo dormirte? ¿Te da miedo tener otra pesadilla?

—Quiero ir a casa —dijo Alice—. Quiero ver a mami. Quiero a Billy y a sogá grande.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Kyla—. ¿Qué significa eso?

—Ah, nada —dijo Janey—. Le pide a Billy Jacobs que la ate.

—No me siento bien —dijo Alice, y se dio la vuelta, boca abajo sobre la almohada.

Kyla miró a Janey.

—¿Le avisamos a tu papá?

—No —respondió Janey—. Está jugando. ¿Estás jugando, Alice?

—Sí —dijo Alice, triste—. Estoy jugando a estar enferma.

—Enfermera... —dijo Janey—. La paciente en la cama uno tiene una enfermedad terrible. Necesita una pócima para dormir.

—Enseguida, doctora —contestó Kyla, y fue a llenar un vaso con agua del baño.

Alice se durmió incluso antes de terminarse toda el agua, y Janey sacó el libro enorme que había traído, pero Kyla se quedó mirando la pantalla oscura del televisor.

—¿No te da curiosidad lo que está pasando?

—No —dijo Janey—. Estoy leyendo.

Kyla se levantó y miró por la ventana. Pero no había nada para ver, claro, salvo los altísimos edificios de apartamentos, donde todos estarían mirando la tele para ver qué pasaba. Y más abajo, solo el embotellamiento que se extendía más y más, hileras de coches como collares de piedritas de colores. Muchos azules, verdes y negros, más amarillos, no tantos rojos... Si había menos de quince rojos, no lo haría. Si había más de quince... La mano rígida, como una tenaza, sobre el hombro del niño, la caricia del metal contra el pelo suave, el universo entero estallando en su cráneo, desvaneciéndose en el aire. El universo entero estallando... el universo.... ¿cuántas veces iba a tener que verlo Kyla? ¿A tener que oírlo?

—Encendamos la tele *por favor* —dijo Kyla—. Un solo segundo.

—No —dijo Janey—. No quiero que Alice se despierte. No quiero que vuelva a ponerse mal. Mi papá dijo que deberíamos descansar, porque esta noche vamos al *ballet*. Papá es el que está pagando el hotel. Papá es el que te está pagando el viaje.

—Ya lo sé —dijo Kyla.

—Pasan cosas así todo el tiempo —dijo Janey—. Hasta en casa. De hecho, había un juez famoso, pero que estaba casado con una mujer que en secreto era drogadicta, y él tenía miedo de que alguien se enterara. Así que un día dijo: “Adiós, querida, beso, beso, me voy de viaje para comprarte muchos regalos y traértelos, vuelvo en unos días”. Y fue con el coche por la calle, saludando con la mano a todos los vecinos, y se puso una bolsa de plástico encima de la ropa para no manchar de sangre la corbata, y volvió disimuladamente. Por suerte para él, era el invierno más frío de los últimos

cien años, y había témpanos colgando de todos los árboles y de todas las casas. Así que abrió la puerta y sacó a la esposa arrastrándola y cortó el témpano más grande que pudo alcanzar y lo usó para apuñalarla en el estómago, chas, chas, y la sangre salpicó por todas partes, splash, splash, y su esposa trató de gritar, pero estaba muerta. Y entonces el juez volvió disimuladamente al coche y fue al aeropuerto. Y al otro día salió el sol y toda la sangre y el arma se derritieron.

—¿Y cómo lo atraparon? —preguntó Kyla.

—¿Yo qué sé? —dijo Janey, y volvió a abrir el libro—. Nadie habla del tema, obviamente, uf.

De más abajo les llegaba el bullicio de la calle, como los sonidos en la playa, pensó Kyla, cuando cerramos los ojos. ¿Qué estaba pasando ahí afuera? ¿Qué? Todos los demás podían verlo. Donald lo estaba viendo, y el taxista y la camarera a esa hora debían estar en algún lugar viéndolo, y toda la gente en todas las otras habitaciones del hotel y en los edificios del otro lado de la ventana, y la señorita Shawcross, y más lejos, en las montañas, Richie —Richie lo veía sin poder hacer nada—, y del otro lado de las lagunas llenas de cadáveres, la señora Laskey y Ellen y Courtney lo estaban viendo, y su madre y el doctor Loeffler, retorciéndose en el sofá, lo estaban viendo, con el corazón desbocado y los ojos brillantes...

No: su madre estaba sola, pálida, sentada bien derecha y temblando por la pobre criatura, y no con el doctor Loeffler, eso era lo que pensaba Janey. Kyla se levantó de un salto y encendió el televisor: “para evitar el desenlace fatal...”, decía una voz. Janey alcanzó la perilla antes de que llegara a verse nada en la pantalla, pero Alice ya se había despertado, y estaba llorando.

—Gracias, Kyla —dijo Janey—. Muchas gracias, qué amiga.

—Perdón... —dijo Kyla.

—¿Dónde está papi? —rugió Alice—. ¿Dónde está mi papi?

—Shhh, Alice —dijo Janey, acurrucándose a su lado en la cama—. Papi está durmiendo en la habitación de al lado.

Pero Alice había empezado a gritar.

—¿Llamamos a tu papá? —susurró Kyla—. ¿Vamos y llamamos a tu papá?

—Papá está durmiendo —dijo Janey—. Papá está descansando. Papá está durmiendo en la habitación de al lado y no quiere que lo molesten, y además ya se le va a pasar.

(1996)